

PRÓLOGO

Me enamoré de él antes de conocerle. No sé precisar con exactitud en qué momento. Pudo ser la primera vez que leí los cuentos de Perrault, que escuché cantar a Édith Piaf o que descubrí a mis padres besándose en el rincón de la cocina. Me enamoré del amor mucho antes de que él apareciera. Lo convertí en el motor que movería mi mundo en cuanto descubrí la magia que despertaba en mi interior soñar con ser la receptora de un sentimiento tan intenso. Lo idealicé durante gran parte de mi infancia y mantuve una estrecha, monógama y satisfactoria relación con esa quimera hasta los doce años. El divorcio de mis padres me obligó a bajar de la nube de los sueños y a enfrentarme con la realidad: no todas las historias de amor tienen un final feliz.

Me costó bastante asimilarlo. Lo ignoré, lo negué, lo grité, lo lloré y, después del luto y del duelo, me resigné a aceptarlo. No pude hacer mucho más.

Mi padre volvió a casarse, se mudó a Barcelona, le fue muy bien. Tiene una empresa que le permite conservar un tren de vida elitista, una mujer encantadora que bebe los vientos por él y dos hijos estu- pendos que deberían ser mis hermanos, pero la distancia no ha terminado de propiciarlo.

Mi madre conoció a un señor viudo, padre de tres chicas, y también pasaron por el registro civil unos años después. Por evidentes cuestiones logísticas, nos fuimos a vivir con ellos a su chalet de Arava- vaca, una población de la zona noroeste de Madrid famosa por sus urbanizaciones de lujo y sus campos de golf.

Y yo me despedí de nuestra casa de Vallecas y durante muchos, muchos años no encontré un lugar al que llamar «hogar». Ese concepto quedó ligado a mi ideal del amor; les vi darse la mano antes de evaporarse frente a mis ojos. La belleza, la felicidad y los sueños se quedaron en mi infancia como las muñecas, los cereales azucara- dos y los besos de buenas noches.

Las hormonas descontroladas de la adolescencia fueron las cul- pables de que me replanteara si era amor aquello que sentía; entre las piernas, sobre todo. Curioseé, probé, perdí, gané, herí y fui herida, pero no saqué ninguna conclusión. El sexo me pareció la bomba,

aunque también confuso y falto de lo que hoy puedo llamar «madurez». No se puede disfrutar al cien por cien si estás más pendiente de tus *brackets* que de sus caricias. Me faltaba averiguar mis gustos y me sobraba inseguridad. Cuando sostuve en mis inexpertas manos el carnet de la universidad, dejó de sobrarme nada.

Puede parecer una bobada, y tal vez lo sea, pero, para mí, graduarme en el instituto fue el pistoletazo de salida. Lo vi muy negro cuando me tocó repetir curso el primer año que viví en Aravaca. Llegué a creer que era verdad lo que decían las hijas del marido de mi madre: que era una fracasada. Pero tuve la suerte de que cambiaran la profesora de francés; ella me enseñó la lengua más bonita del mundo y que yo podía ser tan buena como me lo propusiera.

Convertirme en alumna de Filología francesa fue mi primer logro importante, el primer paso en el camino hacia la mujer que quería ser. Sentí que ya nada me detendría, y lo demostré sacando las mejores notas de mi vida. Hasta aprobé el carnet de conducir a la primera. Fueron años totalmente positivos. Y encima conocí a la que hoy es mi mejor amiga, mi hermana del alma, Natalie. Cuánto aprendí de ella... Me revolucionó de pies a cabeza. Hicimos el camino juntas, descubriendo lo que éramos, creciendo, definiéndonos, pero luego se marchó de Erasmus a Irlanda y yo..., yo volví a refugiarme en los sueños, y empecé a fabricar uno nuevo: París.

Eso era. Allí era. Mi hogar debía de encontrarse en la ciudad del amor.

Me reconcilié con mis fantasías más antiguas y me di cuenta de que haber renunciado a ellas era la peor decisión que había tomado. Me sentía preparada para asentarme, para enamorarse y enamorarme. Solo imaginarlo ya me hacía más feliz.

Aunque me moría de ganas por correr hacia mi nuevo destino, retrasé la marcha por Natalie. Ella se tropezó con Cupido una noche en un bar, pero el golpe contra el suelo se lo dio veinte meses más tarde. Fue durísimo verla caer, ser testigo de su hundimiento y no poder hacer nada para evitarlo, porque no me lo permitió, pero ya la he perdonado. Nunca he sido capaz de guardar rencor a la gente que quiero.

Le comuniqué mi mudanza a París en medio de una borrachera legendaria en el Vida Festival, cuando gran parte de sus heridas ya habían sanado. Ella trabajaba por entonces en un camping de la sierra de Madrid y, con el primer sueldo, compró dos abonos. Era pleno verano y llevábamos varias horas bebiendo cantidades ingentes de cerveza pagada a precio de oro para sofocar el bochorno.

Hacía un rato que habían tocado los Woods, su grupo favorito, y ella había conseguido colarse en el camerino, que le firmaran una camiseta y besar en la boca al bajista. Estaba eufórica. Y yo también, por ella, por el alcohol, por mi sueño...

—¡Tía, cuantísimo te *quierrrrro!* —Me abracé a su cabeza y ella se enroscó en mi cintura.

—*¡Edes mi bedmana! ¡Mi bedmana!*

Nos tambaleamos a izquierda y a derecha.

—¡Y tú, la mía! —Doblé las rodillas para estabilizarnos—. ¡Y te *quierrrrro*, tía! ¡Te *quierrrrro!* ¡Aunque me *pirrrre* a París te *seguirrrré que-rrriendo!*

—¡Y yo aunque me *pide* a *Madte!*

Ahí se quedó la cosa: a las dos nos pareció estupendo que yo me mudara a Francia y ella al planeta rojo; pensamos que era lo normal, lo lógico... Por la mañana, cuando nos vino un *flash* del momento mientras luchábamos contra la resaca, tuvimos que aclararlo. Y nos siguió resultando coherente. Era nuestro sueño, ¿no? Pues no había más pretextos que buscarle.

Yo cogí un avión unas semanas después; Nat continúa esperando que algún día se decidan a construir la estación espacial. Eso es lo malo que tienen los sueños: que, a veces, no dependen solo de la voluntad de uno. En mi caso, llegué a París con las maletas llenas de propósitos, y el único que cumplí fue aprobar el posgrado. El resto... fue para olvidarlo.

Natalie lo vivió conmigo desde la distancia —forma también parte de su historia—, incluso vino a visitarme a la ciudad del Sena y conoció a mi entonces novio, Clément, pero ya nunca lo mencionamos. No merece la pena. Es un capítulo cerrado que no dejó huella en mí. Es cierto que en su día me dolió ver cómo mi sueño se convertía en pesadilla, pero gracias a esa decepcionante relación reafirmé lo que quería: a mí.

Pese a todo, después de romper con Clément, mi situación no mejoró. Decidí marcharme de París, pero, como mi madre se había cansado de advertirme —que regresaría con una gran decepción y las manos llenas de tiempo perdido, y tuvo razón—, no volví a Madrid. Probé suerte en Barcelona.

Mi padre y su mujer trataron de acogerme lo mejor posible, y se lo agradecí de corazón... pero fue muy extraño. No compartía techo con él desde hacía demasiados años, nunca había convivido con In-

maculada y apenas había tenido contacto con los niños. No pude integrarme con ellos, por muy familia mía que fueran. Me alquilé un piso, porque empecé a sentirme como un estorbo, trabajé hasta deslomarme... y la nostalgia terminó aplastándome. Si tuviera que definir aquella etapa con una canción, sería *Saltan chispas*, de Rozalén:

*«Lo confieso: no me aguanto en soledad.
Necesito que me rocen los demás.
Duele dentro.
Me perdí y no me encuentro en esta ciudad
que me parece tan inmensa.
Y yo me siento tan pequeña...
Y me enfado, me enrabieto, me cabreo,
pierdo cierta compostura,
quiero todo siempre aquí y ahora.
Y no sé ni por dónde empezar».*

Echaba demasiado de menos a Natalie, a mi madre por mucho que me regañara, a los pocos amigos que conservaba..., a Madrid. Allí estaban mis raíces y yo necesitaba, más que nunca, agarrarme a ellas para no extraviarme en el camino.

A mediados del mes de marzo hice la maleta una vez más y volví a Aravaca. Mi madre suspiró con alivio cuando me vio instalarme. Su marido la felicitó por haber logrado convencerme de que regresar era la mejor opción. Paula, la hija más joven, me regaló un par de palmaditas condescendientes en la espalda; si sus hermanas hubieran vivido todavía en aquel chalet, seguramente no habría recibido ni palmaditas: se les daba de lujo eso de hacerme el vacío. Y yo me descubrí de nuevo habitando una casa que no era mi hogar, con veintinueve años, sin oficio ni beneficio, desubicada, desmotivada, muy harta de dar vueltas, de ser una maldita peonza, pero sin encontrar la manera de convertirme en cuerda.

Dediqué los primeros doce días a buscar trabajo de forma intensiva. Mi madre se ofreció a preguntar en su amplio círculo de amistades, pero preferí conservar la poca autosuficiencia que me quedaba. Las opciones que aparecieron fueron... desilusionantes.

Llamé a Natalie para anunciarle que iba aceptar un puesto como teleoperadora en el departamento de ventas de una empresa de seguros; mi amiga me lo prohibió y me ordenó que metiera algo de

ropa en una mochila. Dijo que me hacía falta una escapada, un chute de naturaleza y montaña, que no podía encerrarme en casa durante el finde de Semana Santa, que era de *loser* total, que no había discusión posible al respecto... y me colgó sin dejarme opción a réplica, su forma de actuar habitual.

El viernes por la tarde, Dani —el hombre que ganó la heroica batalla de conquistar su corazón herido— y ella me recogieron en el chalet de Aravaca. Les agradecí muchísimo el esfuerzo por animarme, pero me monté en el coche con el convencimiento de que en el camping de la sierra de Madrid no residía la solución a mis problemas.

Lo que no sabía entonces es que allí se aloja de forma permanente una vieja conocida: la magia.

1

THE LONDON BRIDGE

Si alguien me hubiera pedido en aquel tiempo que eligiera un lugar donde desconectar unos días, en el *top* 10 de destinos no habría aparecido un camping. Tampoco en el *Top* 100. Quizá ni en el *Top* 1.000. Yo era una hembra de *Homo sapiens sapiens*, de la subespecie urbanita. Una criatura adaptada al asfalto y a los aires cargados de dióxido de carbono. Me veía sobreviviendo a una guerra nuclear en medio de una ciudad arrasada, incluso liderando algún clan de extrarradio, pero no montando una tienda de campaña. Mi lado salvaje y primitivo tenía el mismo tamaño que el minúsculo lunar de mi mejilla, el que había eliminado con láser de última generación en el mejor centro estético de París.

Lo único que me consolaba de camino a la sierra era que nos íbamos a alojar en bungalós con baño privado. Natalie se había encargado de reservar los que, según ella, eran los mejores. No dudé de su criterio, porque mi amiga conocía a fondo cada rincón de aquel camping. Trabajó en él dos temporadas estivales consecutivas que la llevaron a encontrar su pasión por el mundo del turismo y al amor de su vida. El primer verano conoció a Lara, una ingeniera biomédica que se vio obligada por la falta de oportunidades laborales a aceptar un puesto como recepcionista, y a Asier, un profesor de tenis ocasional en plena crisis existencial. Ellos dos terminaron siendo novios, él invitó una noche a su amigo Dani al camping para que conociera a Lara, pero Dani le prestó más atención a Natalie. Es un hombre muy inteligente. Cuando el noviazgo de Lara y Asier se convirtió en matrimonio poco más de un año después, se desató la locura: Nat y Dani se reencontraron y ya no hubo fuerza de la naturaleza capaz de separar sus caminos. Me pareció lógico que ambos desprendieran una estela de felicidad que iluminaba la grisácea carretera de montaña que estábamos transitando. Me pareció tan coherente, tan justo, tan real... que tuve que cerrar los ojos para poder asimilar los celos.

—Bombón, despierta —me dijo Nat—. Ya casi hemos llegado.

Mi amiga giró su pequeño cuerpo sobre el asiento del copiloto y miró hacia el trasero, donde yo estaba encogida. El Porsche de su pareja era ideal, hasta que tenías que viajar en él de paquete.

—No estaba dormida —musité.

—¿Soñando entonces? —Me guiñó uno de sus ojos marrones.

—Ya ni eso.

Nat revolvió las ondas frontales de mi media melena castaña; me fijé en que su pelo corto brillaba más que nunca, su negrura reflejaba con intensidad el sol que se colaba por la ventanilla.

—Olvídate de todo —me ordenó—. Aunque solo sea por este finde. Deja que el camping te llene de buena vibra y el lunes... ya veremos.

Asentí con la cabeza. No perdía nada por intentarlo. Y lo cierto era que lo necesitaba. Un respiro. Una tregua. Cargar las pilas antes de reinventarme por enésima vez en mi vida. Dios..., qué cansada me sentía.

—Mira alrededor, Greta —me pidió Dani con su característica voz templada, antes de reducir la marcha—. Campos de cereales verdes, árboles caducos volviendo a florecer, el cielo así de azul, pese a las nubes...

—El ciclo de la vida —resumió Natalie.

Sonreí. Ellos dos por separado eran grandes personas, pero juntos, además, eran una fuente de esperanza. Desvié la vista hacia el cielo al que aludía el abogado de porte aristocrático y sinceros ojos verdes; su pelo castaño se agitó al bajar la ventanilla. La brisa húmeda refrescó el ambiente del coche. Una frase que había leído se reprodujo en mi cabeza.

—Dice Caitlín Moran —comenté— que «si vuelas lo bastante alto, si subes por encima de las nubes, allí siempre es verano».

—Me flipa esa mujer —dijo Nat—. Y acabas de recordarme a Lara. Ella asegura que aprendió a volar aquí el verano que conoció a Asier. Es una tía supermoñas. Te va a caer fenomenal.

Le dediqué una peineta, estirando el dedo corazón, un gesto muy nuestro, y seguí mirando al cielo. Con algo de envidia. O toneladas de ella. Yo también quería volar en compañía. Que alguien me demostrara que el amor existía y podía ser tan infinito como el cielo. Mi final feliz.

—Hemos llegado —anunció Dani antes de activar del freno de mano. Apagó el motor y señaló el coche que había aparcado al lado—. Y, por lo visto, la cumpleañera y su marido, también.

La que cumplía años era Lara, dos días después, el 1 de abril. Por eso estábamos todos allí: porque le apeteció celebrarlo en el lugar donde más feliz había sido. Moñas o no, me cayó bien solo por ese gesto.

—¿Sergio venía con ellos? —preguntó Nat antes de abrir la puerta del copiloto.

—Creo que sí, pero con él nunca se sabe —contestó Dani.

—Ve sujetándote las bragas, hermana. Vas a flipar.

—¿Perdona? —Rio él.

—Bueno, luego comentamos...

Mi amiga salió del coche, lo rodeó y abrió el maletero. Yo luché contra el mecanismo de su asiento, conseguí vencerlo y también salí.

Me estiré junto al capó sin sujetarme nada. Con mi ex, Clément, que era modelo, ya había cubierto el cupo de guapos. No tenía intención de volver a caer en la frívola trampa de la belleza exterior. Aunque, según los informes periódicos que me suministraba la vena Celestina de Natalie, el atractivo del amigo de Dani y Asier no residía en la armonía de sus rasgos y sus formas; palabras textuales de ella: «Sergio no es guapo, pero es capaz de carbonizarte al instante la ropa interior que llevas puesta, la que guardas en el cajón y la que tienes pensado comprarte durante el resto de tu vida». Debo reconocer que semejante poder ígneo me provocaba, al menos, cierta curiosidad morbosa.

—¿Qué carajo has metido en este chisme? —Nat pegó un par de tirones, estilo bruto, y soltó mi maleta Fendi sobre la arena mojada que cubría el aparcamiento.

—No deberías coger peso —le recordó Dani.

—Mierda, es verdad, se me había olvidado.

—¿Cómo se te puede olvidar que estás embarazada? —Sonreí, rescatando a Fendi.

—Pues, ya ves... Como no me noto nada —acarició su vientre plano—, ni con la media docena de Clear blue que me he hecho me convenzo.

—¿Cuándo tienes cita con el ginecólogo?

—El miércoles que viene.

—Voy a registrarnos —dijo Dani.

—Ya lo hago yo, que quiero dejarle un recado a Goyo.

—¿Quién es Goyo? —pregunté.

—El gerente del camping, Dani y tú id tirando. Él ya sabe dónde están las chozas.

Natalie le guiñó un ojo a su pareja y nos abandonó junto al Porsche antes de entrar en un edificio pequeño rotulado con un cartel de «RECEPCIÓN». Seguí a Dani, maleta en ristre, hasta un camino empedrado que separaba un parque infantil de un descampado bastante inhóspito donde había instaladas un par de *mobil homes*.

El viento frío arremolinaba pequeños montones de hojas mortecinas esparcidos aquí y allá y silbaba con tono siniestro entre las caravanas, cerradas a cal y canto; algunas tenían las ventanas cubiertas por cartones castigados por un invierno que había sido demasiado largo.

—No creo que pudiera dormir ahí tranquila.

Dani sonrió.

—Ahora da un poco de miedo, porque apenas hay campistas, pero en verano esto es genial.

—Tú conociste aquí a Nat. No puedes ser objetivo...

—No, no lo soy. —Sonrió antes de señalar una construcción grande y rectangular que parecía el centro del camping—. Ese es el edificio polivalente. Supermercado, restaurante, discoteca, club...

—El camino nos obligó a girar a la izquierda—. Aquello de la derecha, como podrás apreciar, son las instalaciones deportivas. Gimnasio, canchas de tenis y baloncesto, campo de fútbol... Y esto de aquí —apuntó con el dedo índice en dirección contraria—, lo que tiene agua verde y trampolines, es la piscina.

Me reí. Con Dani era muy sencillo. Todas las veces que habíamos coincidido había conseguido sacarme unas carcajadas sin esforzarse un mínimo. Él escondió sus ojos verdes con otra sonrisa que arrugó sus párpados y continuó hablando:

—Lo que tenemos justo enfrente es la zona de bungalós. Si no me equivoco, los nuestros están al fondo. —Su sonrisa se ensanchó hasta enseñar sus dientes—. Y eso que hay plantado en medio del camino, lo que está en la penumbra y parece un obstáculo enorme, no es el puente de Londres; es mi amigo, Sergio. Cuidado con las bragas.

Hice que me las sujetaba por encima del abrigo y los dos nos reímos mientras el obstáculo empezaba a moverse.

Las sombras que proyectaban las cabañas de madera solo me permitían adivinar su envergadura, que ciertamente era monumen-

tal. Cuando alcanzó la última línea de bungalós y los rayos del sol se volcaron sobre él, tuve que darle la razón a Dani. Su amigo era el *fuckin* London Bridge: a oscuras impresionaba, pero a pleno día..., vaya..., era brutal.

2

EL IMÁN

Natalie estuvo en lo cierto cuando afirmó que Sergio no era un chico guapo. No lo era de la manera tradicional. Ni siquiera era un chico. Era un hombre... magnéticamente atractivo. Los más peligrosos, porque al ser menos obvios provocan intriga, y te enredas en intentar desentrañar qué demonios es eso que los hace tan especiales, y, cuando quieres darte cuenta, te has colado como una ilusa.

Es verdad que lo primero que me impresionó de él fue su monumental altura y la anchura de tórax, aumentada por la cazadora de esquí que llevaba, y lo segundo, que tenía pelazo —oscuro, abundante y rizado—. Su cara de «a mí nadie me jode» también era admirable, pero lo que me dejó KO fue su mirada. No el tamaño o el color de sus ojos, nada de eso, fue la expresión que condensó en esa parte de la cara cuando se fijó en mí. Sus cejas se retorcieron, marcando dos pliegues verticales en su ceño; sus párpados se contrajeron para ganar enfoque, sus ojeras ligeramente oscurecidas se arrugaron. Y yo sentí un golpe en medio del esternón. Me desarmó. Me derribó sin tocarme.

Más tarde averigüé que el secreto de su intimidante mirada residía en una anomalía de sus córneas. Tenía varias dioptrías en cada ojo, pero solo usaba gafas cuando era imprescindible porque no le resultaban cómodas, las lentillas no le gustaban y le daba exactamente igual ir por la vida pareciendo un poco topo. El descubrimiento consiguió que su atractivo creciera. No hay nada que me resulte más sexy que un hombre tan seguro de sí mismo que no se preocupe en ocultar sus defectos.

—Hola. Eres Greta, ¿verdad? —me preguntó en medio del camino, después de saludar a Dani con un abrazo y varias palmadas en la espalda.

—Sí. Hola, Sergio. —Sonreí—. ¿A ti también te han advertido de que vigiles tu ropa interior en mi presencia?

—Me han amenazado con no poder usarla en mucho tiempo si se me ocurre quitármela. Tenemos unos amigos encantadores —dijo con sarcasmo.

Chocamos un par de veces las mejillas, el viento se llevó cuatro besos que no eran suyos y mi atención abandonó sus ojos para centrarse en su boca.

Su boca..., vaya... Era la más sensual que había visto en un chico. Arrebolada y carnosa. Su dentadura, imperfectamente encantadora, un pelín bailona, lo justo para demostrar que no se había sometido a ataduras, me incitó a deslizar la lengua entre el pequeño espacio que me separaba los incisivos delanteros. Mi diastema había sido corregida durante años, pero siempre regresaba. Era una parte más de mí, que yo ahora tampoco ocultaba.

—¡Pero si ya ha llegado mi *fuckee* favorito! —gritó Natalie a nuestra espalda.

Dani se dio la vuelta.

—Como te escuche Asier, vamos a tener un problema.

—Asier perdió el título cuando se volvió monógamo —dijo ella.

—Entonces tu chico también... —replicó Sergio.

Natalie le pegó un puñetazo en el hombro y un par de besos muy sonoros.

—Él no puede perder nada porque no compite con simples mortales.

Dani se mordió el labio y la miró con tal deseo... que palpité en mi cuerpo. Me infundieron esperanza mientras se besaban sin censura, intercambiando no solo saliva, sino una sincera declaración de intimidad.

—¿Y tú vas a dormir con ellos en la misma cabaña? —Sergio me lanzó una mirada de soslayo.

—Es que sola me da miedo —admití sin tapujos.

Si algo había aprendido en veintinueve años de existencia era que mis debilidades no eran un motivo de vergüenza. Por lo menos para mí. Para Sergio sí debieron de serlo, porque me dedicó una mueca muy extraña y, después, me dio la espalda.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos instalamos? —preguntó mi amiga.

Caminamos hasta la última línea de bungalós y giramos a la izquierda. A los pies de la escalera de uno de los porches, Dani cogió en brazos a Natalie y entraron en la cabaña como dos recién casados. Sergio lo hizo después, con los ojos en blanco. Y yo me retrasé un par de segundos, lo que tardé en inspirar hondo y llenarme del aroma del campo en primavera. Olía a vida nueva. La misma que a mí me tocaba estrenar. Otra vez. Dios..., qué perdida me sentía.

Con pasos lánguidos atravesé el vano de la puerta y la entorné a mi espalda. Frente a mí, a apenas cuatro metros, había dos puertas más, que supuse que eran las de los dormitorios. Junto a la de la izquierda, en perpendicular, había otra... ¿La del cuarto de baño? A continuación, en el rincón que formaba un par de tabiques, había una cocina americana. Oí el chirrido de unos goznes cuando miré hacia la derecha; encontré un sofá de madera cubierto por cojines, una mesita baja y un aparador con una televisión de pantalla plana encima.

—Vaya, qué pequeña... —musité.

—Es lo que le dicen todas a Sergio.

Sonreí y me di la vuelta. Solo había coincidido en una ocasión con Asier, pero su tono me resultó inconfundible. Era particularmente descarado y vacilón, y matizaba a la perfección la sensibilidad de la que hacía gala.

—Tu madre nunca me lo dice —replicó Sergio.

—¡Eh, un respeto a las madres! —chilló Nat antes de abrazar a Asier.

El informático de piel canela cerró sus expresivos ojos oscuros mientras la estrujaba; la besó en la coronilla y lo intentó en la barriga, pero ella se lo impidió a base de manotazos.

—¿Y Larita? —le preguntó Natalie.

—Enganchada al móvil. La han llamado del trabajo. —Bufó.

—Luego se lo robo.

—No, déjala. No es culpa suya...

—Eso cuenta ella de ti. Y el uno por el otro y la casa sin barrer... Al final tanto curro os va a traer un problema.

Asier asintió con la cabeza y le dio un apretón en el hombro.

—Hablamos después —susurró antes de dirigirse a mí—. Me alegro de verte.

También me abrazó y me besó como si fuera su amiga, lo que agradecí de corazón: sentirme integrada había sido el motivo fundamental de mi vuelta a Madrid. Después, se acercó a Sergio; empezaron a charlar mientras se quitaban las cazadoras. Yo cogí la maleta y le pregunté a Nat cuál era mi dormitorio.

—El de la derecha.

La habitación solo contaba con una cama modestamente amplia, un par de mesillas y una cómoda. Todo era de madera de pino sin barnizar. Todo era muy natural... y espartano. Solo había un en-

chufe libre. Conecté el cargador del móvil y le envié un mensaje a mi madre.

Ya he llegado.

Estoy bien.

Besos.

Me deshice del abrigo y solté el aire con un gran suspiro. Hubiera agradecido tener un espejo donde mirarme, pero tampoco había. Tuve que utilizar el teléfono para repasarme el pintalabios. Oscuro y mate, como mi estado de ánimo.

Llevaba tantos años utilizando el maquillaje para definirme que ya no me imaginaba sin él. Deslicé los dedos bajo las pestañas inferiores para retirar los residuos del rímel y comprobé que las rayas de kohl todavía tenían punta. Pese al esfuerzo, mis ojos azules siguieron pareciendo los de un cachorrito desvalido. Dios..., cuánto lo odiaba. Detestaba parecer una muñeca rota, una bailarina mutilada dando vueltas dentro de una caja. Yo no era eso. No lo era. Yo solo estaba perdida y cansada, no derrotada. Era mucho más fuerte de lo que mi aspecto sugería. Quizá por eso me empeñaba en modificarlo a base de cosmética y ropa que sí me representaba.

Vacíé la maleta con esmero y la coloqué bajo la cama. Tiré de la cinturilla de mis vaqueros Kors, última temporada, y de la caña de mis botas Hunter, y estiré mi jersey de lana tejida a mano. Yo no tenía de nada, pero sí dinero. Y con él podía comprar cosas que me hacían feliz. Tampoco me avergonzaba admitirlo.